

Borriquitos con chándal

Rafael Sánchez Ferlosio

Presentación

Decía Ferlosio que las cuestiones por las que se interesaba apenas pasaban de «seis o siete», y añadía que, «con el paso de los años y de las recurrencias», algunas acaban abriendo vías de comunicación con las otras, por lo que no era raro que esas «seis o siete» cuestiones se fueran «fundiendo y reduciendo». Tomás Pollán, el más certero lector de Ferlosio, venía a extremar esta idea cuando observaba (en su contribución a un volumen conmemorativo del Premio Cervantes concedido a Ferlosio en 2004) que la obra entera del escritor, considerada en conjunto, constituye «la prolongación, desarrollo y modulación» de una intuición germinal presente ya en el más temprano de los ensayos de Ferlosio, «Personas y animales en una fiesta de bautizo», de 1962. Allí se plantea ya —dice Pollán— la decisiva «contraposición entre conocimiento y adaptación» que vertebra toda su ensayística, sentando las bases de su peculiar y constante «actitud cognoscitiva». Dice Ferlosio en ese ensayo que la primera condición de todo conocer es «guardar celosamente la distancias con las cosas y reconocer su incommovible alteridad». Para Pollán, «es esta *modalidad de experiencia* caracterizada por el movimiento hacia las cosas, respetando su extrañeza, la que confiere un aire

de familia a todos sus escritos y da pie a que se pueda hablar de una *perspectiva ferlosiana*».

Conforme a esta perspectiva, se explica bien la centralidad que en la obra de Ferlosio adquiere la cuestión de la enseñanza, es decir, la forma en que cabe transmitir el conocimiento, los modos en que éste es adquirido. De esa centralidad ofrecen un testimonio los textos reunidos en el presente volumen, que comprenden un arco temporal de cuatro décadas, las que van de 1972 a 2012, susceptible de haber sido ampliado a cinco —es decir, medio siglo— si se hubiera optado por incluir aquí, como hemos estado a punto de hacer, el ya mencionado ensayo titulado «Personas y animales en una fiesta de bautizo». No es éste, ni mucho menos, el único ensayo, entre los descartados, que hubiera podido integrarse con toda propiedad en este volumen. Desde el punto de vista de los asuntos tratados, los artículos y ensayos de Ferlosio se enredan como cerezas en un cesto, por la razón ya apuntada. De 1973 es un texto también germinal, que nos hemos abstenido de incluir aquí por cuanto ocupa tanta o más extensión que todos los finalmente reunidos. Nos referimos a los comentarios que Ferlosio añadió a su traducción de *Memoria e informe sobre Victor de Aveyron*, de Jean Itard. El mismo Ferlosio estimaba que estos comentarios en torno a los intentos, por parte de Itard, de educar al «niño salvaje» encontrado en 1799 en la región francesa de Aveyron eran lo mejor que había escrito. La observación y discusión de los métodos educativos empleados con el pequeño Victor por el bienintencionado y cabal Itard, médico y pedagogo, generan toda una veta de sagacísimos apuntes e

intuiciones sobre las diferencias entre instruir y educar, sobre esa «contraposición entre conocimiento (significación) y adaptación (asimilación)» que, como decía Pollán, constituye la médula de la ensayística ferlosiana.

Pero no sólo en los ensayos de Ferlosio se reconoce su interés por la enseñanza. La primera novela que publicó, y uno de sus más tempranos textos, *Industrias y andanzas de Alfanhuí*, de 1951, no deja de ser, a su muy peculiar y encantador modo, una novela de aprendizaje. En este texto de juventud ya está sembrada la semilla de esa «intuición germinal» destacada por Pollán, que sigue trepando y creciendo en un relato muy posterior y de muy diferentes tono y envergadura: *El testimonio de Yarfoz*, de 1986.

Por lo demás, algunas pinceladas biográficas, casi todas extraídas de *La forja de un plumífero*, pueden contribuir a encuadrar los textos aquí reunidos. Así, por ejemplo, el irregular itinerario escolar de Ferlosio, atravesado por la Guerra Civil y la estancia, durante esos años, en Italia, junto a su madre y sus hermanos. Así también, la desgana con que Ferlosio, desde niño, siguió sus estudios, y la influencia que sobre ello pudo tener la actitud despreocupada de su padre. Ya adulto, Ferlosio hubo de encajar las consecuencias de ser «académicamente muy indisciplinado», como él mismo confiesa. Como padre, trató de ser consecuente con su renuencia a la educación estandarizada y burocratizada. Él y Carmen Martín Gaité optaron por no escolarizar a su hija Marta, sirviéndose para su instrucción de profesores particulares. El mismo

Ferlosio cuenta cómo, durante su larga etapa de adicción a las anfetaminas, tras las prolongadas sesiones «de lecturas y escrituras gramaticales», cogía a su hija, de pocos años, y pasaba con ella «cuatro o cinco días sin interrupción», recorriendo los parques y visitando museos. En los ensayos escritos por Ferlosio en los años sesenta y setenta se aprecian muy bien los efectos del trato asiduo con su hija, un campo de observación permanente del que, aficionado como era a los niños, y muy predispuesto a jugar y conversar con ellos, arrancaba no pocas enseñanzas, que lo sensibilizaban aún más, si cabe, a las cuestiones relacionadas con la educación, invitándolo a reaccionar respecto de ellas.

En el más temprano de los artículos aquí reunidos (del año 1972), adentrándose, muy tentativamente aún, en lo que él mismo denomina «el terreno de la pedagogía», declara Ferlosio ser éste un terreno «que a mí personalmente ni me gusta en sí mismo ni podría importarme en ningún caso como me importa el del amor». Esta contraposición entre «amor y pedagogía», que da título al artículo, confiere una tensión particular a muchos de los textos que, casi siempre con actitud denunciadora de sus malentendidos y de sus excesos, dedica a esta última materia.

Las ideas fuertes de Ferlosio en lo relativo a la enseñanza parten de su convicción de que «toda educación es constrictiva», por cuanto entraña «un proceso de apropiación social del niño por el medio». En lugar de eso, lo que corresponde más bien es instruir al niño, es decir, brindarle el acceso a unos conocimientos

que, «exentos de toda clase de orientaciones prácticas y juicios de valor [...] no pueden ni deben, de ninguna manera, dejarse dirigir por ninguna finalidad educativa». Pues de lo que se trata, o de lo que debería tratarse, al menos en la escuela, es de transmitir conocimientos, y los conocimientos, en sí mismos son radicalmente impersonales. De ahí que lo más consecuente sea que en el proceso de la enseñanza prime el «principio de impersonalidad», principio que debería regir el lugar público en que los conocimientos se imparten y que debería revestir la relación de los alumnos con sus profesores.

En la raíz misma de este punto de vista se halla la ya mencionada «actitud cognoscitiva» de Ferlosio, que él mismo (en «Televisión para niños», 2009) formula del siguiente modo: «Es el sujeto el que tiene que salir al encuentro del objeto, pues sólo en la separación y en el distanciamiento respecto de lo propio se experimenta el mundo como dueño de sí mismo y el objeto del conocimiento como ajeno, desobediente...